

logos mas sobresalientes y piadosos de su siglo, enseñaba teología en París con inmenso fruto y aplauso. Y de este modo la ciencia católica podía oponer dignos representantes suyos á las escuelas judías y musulmanas de España y Oriente, que veían florecer entonces los famosos doctores Salomon Raschi de Troyes, Aben-Ezra de Toledo, apellidado el Sabio, el Grande, el Admirable; Moisés Maimonides, y en fin Averroes, el gran filósofo del islamismo.

10. La espada de los cristianos no era menos activa que su ingenio. Durante el pontificado de Adriano se fundaron en España las órdenes militares de Calatrava, Alcántara, Évora, San Miguel y Santiago (1), armando así la religion en las fronteras de la catolicidad una generacion de héroes prontos á morir en su defensa.

§ II. PONTIFICADO DE ALEJANDRO III (7 de setiembre de 1159-30 de agosto de 1181).

11. « El hombre que en la edad media ha merecido mas del » género humano, será quizás Alejandro III. Él fué quien en » un concilio del siglo XII abolió en cuanto pudo la servidum- » bre. Este mismo papa triunfó en Venecia, por su sabiduría, » de la violencia del emperador Barbaroja, y que obligó al rey » de Inglaterra á pedir perdon á Dios y á los hombres del » asesinato de Tomás Becket. Resucitó el derecho de los pue- » blos y reprimió el crimen en los reyes. Antes de este tiempo, » toda la Europa, excepto un corto número de ciudades, es- » taba partida en dos clases de hombres: *señores de tierras*, » sea seculares ó eclesiásticos; y *esclavos*. Los legistas que » eran asistentes de los caballeros y bailíos en sus juicios, no » eran realmente sino siervos de origen. Si los hombres han » vuelto á entrar en sus derechos, se lo deben principalmente » á Alejandro III; y al mismo deben su esplendor tantas ciu- » dades. » El escritor que así habla de un papa es Voltaire,

(1) El autor anda muy mal informado en nuestras historias nacionales, defecto comun á casi todos los extranjeros.  
(El Traductor.)

enemigo jurado del pontificado. Alejandro III compró, por decirlo así, la gloria de semejante elogio con veinte años de persecuciones, destierro, luchas y proscripciones, sufridas con ánimo inflexible y heroica constancia. Su paciencia igualó á sus desgracias, ni sus triunfos alteraron jamás su modestia. Desde el dia mismo de su eleccion se pudieron ya prever las horrascas que le aguardaban. Despues de los funerales de Adriano IV, los cardenales, reunidos en San Pedro, le eligieron: tres solamente protestaron contra su eleccion, y nombraron precipitadamente al cardenal Octaviano, que á mano armada se hizo abrir las puertas de la iglesia y tomó el nombre de Víctor III. Así inauguraba una minoría facciosa un cisma que habia de tener las consecuencias mas deplorables.

12. Alejandro III, cediendo á la violencia, dejó á Roma y se hizo consagrar en el monasterio de Santa Nimfa, el 20 de setiembre de 1159, por Hubaldo, obispo de Ostia. Por su lado, el 4 de octubre siguiente el antipapa Víctor III se hizo coronar en el monasterio de Farfa por el obispo de Túsculo. Ambos concurrentes escribieron inmediatamente al emperador Federico para que reconociera su eleccion. Este príncipe tenia motivos de odio contra Alejandro III, porque no siendo aun cardenal fué el encargado por Adriano IV de remitir al emperador la famosa carta que les indispuso recíprocamente; por lo cual se declaró por el antipapa. Queriendo empero simular neutralidad, escribió á los dos pretendientes que para evitar todo cisma habia resuelto juntar un concilio en Pavia, para examinar en él la causa antes de juzgar definitivamente. Los obispos de Praga y de Verdun fueron los portadores de la resolucion imperial. « Reconocemos al emperador, dijo el papa, por defensor armado de la Iglesia romana; pero jamás será violado en nuestra persona el privilegio dado por Cristo á san Pedro. » La Iglesia romana juzga á las otras, y no está sometida al juicio de ninguna. Estamos dispuestos á dar nuestra vida en defensa de estos derechos. » Estas nobles expresiones produjeron el efecto que era de esperar: los diputados del emperador se fueron inmediatamente al antipapa, se arrodillaron á

sus piés y le juraron fidelidad en nombre de su amo. Un concilio de obispos cortesanos se juntó en Pavia el 5 de febrero de 1160, confirmó la eleccion de Víctor III, y excomulgó á Alejandro III, « porque se negaba á presentarse en un concilio » que le habia citado canónicamente. » El emperador aprobó la sentencia; tributó homenaje al antipapa, él mismo le condujo al trono pontifical, donde le hizo sentarse, y publicó en Italia y Alemania un edicto mandando á todos los obispos reconociesen la autoridad de Víctor III so pena de perpetuo destierro. El soberano pontífice Alejandro respondió á estos actos excomulgando á Federico, al antipapa y á sus cómplices.

13. Toda Europa se conmovió á este conflicto: los reyes de Francia é Inglaterra se declararon por el papa legítimo; y siguieron su ejemplo España, reinos del Norte, príncipes latinos de Jerusalem, Edesa y Antioquía. Juan de Salisbury escribió con este motivo al papa: « El *conventículo* de Pavia, » juntado anticanónicamente, no ha podido dar sentencia válida. ¿ Hase olvidado el privilegio de la Iglesia romana, fundado en tradicion constante, reconocido por los santos Padres, confirmado por todos los concilios? ¿ Quién ha pretendido pues someter la Iglesia universal al juicio de una iglesia particular? Quién ha establecido á los Alemanes jueces de las demás naciones? » En el Oriente, Guillermo de Tiro, Amaury, patriarca de Jerusalem, se expresaban en el mismo sentido. « Hemos recibido, decian á Alejandro III, la carta de vuestra Santidad con veneracion filial. Dios os ha elegido para gobernar á su Iglesia por voz del clero y pueblo romano. » Excomulgamos al antipapa Octaviano y sus fautores. » En el Occidente manifestaban su adhesion al papa legítimo los hombres mas notables por sus virtudes y ciencia. El orden entero del Cister, que contaba mas de setecientos monasterios, se declaró por su obediencia. Por último, el rey de Francia y el de Inglaterra juntaron, en 1161, en Tolosa un concilio renovando solemnemente su reconocimiento.

14. Para combatir contra este pronunciamiento universal, Federico apeló á las armas. Milan habia mostrado energía en

resistir al cisma y al despotismo teutónico. Dos veces, en 1161, quemó Barbaroja las campiñas de Milan: hacia cortar las manos á los prisioneros ó los mandaba matar. En un solo dia hizo cortar los puños á veinte y cinco lugareños que llevaban víveres á la ciudad sitiada. Lo que no pudo la fuerza lo hizo el hambre. Despues de un sitio de catorce meses, y obligados por un pueblo desanimado, los magistrados de Milan se presentaron el 10 de marzo de 1162 al palacio del emperador en Lodi, depusieron sus armas á sus piés y se rindieron á discrecion en nombre de la ciudad. Toda la corte y el ejército entero lloraban de compasion á vista de un infortunio tan noblemente sobrellevado. Federico solo se mostró sin entrañas; y dió orden de hacer salir á todos los habitantes de Milan: hombres, mujeres, viejos y niños, todos, todos dejaron sus hogares, y la ciudad quedó enteramente desierta. La poblacion dispersa por todas las llanuras esperaba con ansiedad la última sentencia de Federico; la publicó en fin. Milan habia de ser arrasado hasta sus cimientos, y borrado el nombre milanés para siempre. Esta orden, que no hubiera dado un Vándalo, fué ejecutada inmediatamente. « Colmamos los fosos, escribia Federico » al conde de Soissons; destruimos sus murallas, arruinamos sus torres, y hacemos de Milan un monton de ruinas. » Esta bárbara venganza fué motivo de principiarse una reaccion poderosa contra Barbaroja. Los refugiados milaneses se esparcieron por todas las ciudades de Italia y popularizaron el horror del nombre aleman. Y así creyendo Federico aniquilar la liga lombarda, con su bárbaro rigor la hizo mas compacta y formidable.

15. Alejandro III fué como cabeza y centro á quien acudieron las ciudades de Italia, amenazadas en su independencia. Toda la Península, olvidando sus particulares animosidades, se reunió contra el enemigo comun. El papa, excomulgando á Federico Barbaroja, destructor de Milan, se constituia á los ojos de la Europa en vengador del crimen y protector de las naciones oprimidas. Salió de Roma al acercarse el vencedor, pero su huida fué mas bien un triunfo. El rey de Sicilia, todas las

repúblicas italianas, y hasta el emperador de Constantinopla le enviaron diputados, asegurándole su adhesión y simpatías. Manuel Comneno le renovaba las proposiciones hechas á Adriano IV: le prometía protegerlo contra las injustas agresiones de Barbaroja, á condición que la Santa Sede reconociera los derechos del imperio griego sobre Italia. Como su antecesor, Alejandro III mantenía la política europea, que rehusaba la dominación griega. « La cuestión que suscitais, dice el papa, » es sobrado trascendental á los intereses de los príncipes de » Occidente para poder resolverla por Nos solo. Bástanos haber recibido de vos un testimonio tan explícito de vuestra » benevolencia. Nos aprovechamos de esta para suplicaros » restablezcáis sólidamente la paz entre ambas Iglesias, latina » y griega, y que solo formen una. » Era noble y grande en el papa rehusar socorros de un príncipe extranjero de podía comprometer los destinos de la Europa y la paz del mundo. Alejandro III al dejar su capital pidió asilo á Francia, tierra hospitalaria de la Santa Sede perseguida. Llegó pues en 1162; recibió en Montpellier los embajadores de los reyes de Francia é Inglaterra, que le salieron al encuentro. La entrevista de los reyes con el vicario de Cristo se verificó en Coucy-sur-Loire: los dos príncipes tuvieron cada uno de su lado las bridas del caballo que llevaba al papa, y jamás se vió mas grande al soberano pontífice que al recibir en el destierro un semejante homenaje tributado por dos testas coronadas. Tales honores, dados á un papa que rehusaba reconocer, pusieron furioso á Barbaroja. Seguido del antipapa Victor III, llegó á San Juan de Losna, población de la Borgoña, límite de los Estados del imperio y de los de Francia. Convidó á Luis el Joven á venir á verle para discutir juntos los derechos de ambos pretendientes. La conferencia había de realizarse en medio de un puente echado sobre el Saona. El arzobispo de Colonia, Rainoldo, canciller del imperio, llevó la palabra en nombre de Federico. « El emperador » de Romanos, mi señor, dice, solo reconoce en él el derecho » de juzgar la validez de las elecciones pontificales; y no quiere » intervenir en las contiendas que puedan suscitarse entre

» príncipes y obispos de otros Estados. Espera pues de vos » una entera sumisión á su voluntad y á la sentencia que ha » dado. — Me admiro, respondió Luis el Joven sonriéndose, » que tal lenguaje salga de boca de un obispo, en nombre de » un emperador cristiano. Cuando Cristo encargó á san Pedro » y en su persona á todos sus sucesores, de *apacentar sus ove-* » *jas*, ¿ acaso exceptuó á los reyes y obispos de Francia? » ¿ Acaso no somos tambien nosotros ovejas que el Hijo de Dios » ha encargado al príncipe de los Apóstoles? » Y sin discutir mas tiempo, Luis el Joven rompió la conferencia. Al hablar Federico del modo que lo hizo su canciller, era fiel á su principio de despotismo universal. En su sistema los papas no eran sino obispos alemanes, y toda la cristiandad tenia que someterse á las decisiones imperiales.

16. El rey de Francia recibió á Alejandro III en la ciudad de París, y le dió una acogida triunfal. El día de Pascua de 1163 el papa puso la primera piedra de la catedral de *Notre-Dame*, cuyos cimientos acababa de echar el obispo Mauricio de Sully. Fué en seguida á Tours, para donde acababa de convocar un concilio. Se hallaron reunidos en él ciento veinticuatro obispos, mas de cuatrocientos abades, y embajadores de todos los príncipes cristianos, excepto Barbaroja. Arnolde, obispo de Lisieux, quedó encargado de pronunciar el discurso de apertura. « Permanezcamos unidos, dijo, y seremos invencibles. Nosotros formamos realmente á la Iglesia de Dios, tan » terrible á sus enemigos como un ejército formado en batalla. » Tenemos por nosotros á los moradores del cielo; tenemos » por nosotros el celo y adhesión de los reyes católicos, y casi » la unanimidad de cuanto lleva el nombre de cristiano. En » comparación de esta muchedumbre, ¿ qué importa la pro- » testa de un solo soberano? Y aun, por la misericordia de » Dios, él mismo se inclinará de alma y corazón ante las leyes » de la justicia; porque su nombre fuera grande, é incomparable su gloria entre los príncipes de la tierra, si no hubiera » querido levantarse mas alto que la Iglesia, su madre. ¡ Ojalá » se humille un día bajo la mano de Dios y reconozca que rei-

» nar es servirle ! » El concilio renovó la excomunion formulada contra el antipapa y los cismáticos sus partidarios, y prohibió reconocer otra obediencia que la del soberano pontífice legítimo, Alejandro III.

17. En esto murió en Luca, el 22 de abril de 1164, el anti-papa Víctor III. Los canónigos de la catedral se negaron á darle sepultura en su iglesia. Cuando la noticia de esta muerte llegó á Sens, donde tenia su corte Alejandro III, los cardenales se apresuraron á felicitarle; mas el papa, derramando lágrimas, les respondió: « En lugar de regocijaros, llorad mas bien la » pérdida de una alma, y pedid á Dios otorgue su paz y misericordia á quien tanto ha afligido á la Iglesia. » Federico Barbaroja hizo elegir para suceder á Víctor III al cardenal cismático Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Le juró fidelidad por los santos Evangelios, y prometió reconocerle á él y á sus sucesores por solos papas legítimos. Roma no siguió el movimiento que queria imprimirle el emperador. Dinero, súplicas, amenazas, todo lo prodigó para traer al cisma á los Romanos; mas inútilmente. Una diputacion del clero y del pueblo fué á Sens para suplicar al papa regresase á Roma; con cuyo motivo el soberano pontífice atravesó la Francia entre aclamaciones de júbilo, y desembarcó en Mesina, á donde habia enviado una flota el rey de Sicilia para recibirle y conducirle á Roma. Su vuelta fué señalada con extraordinario entusiasmo. La Italia habia comprendido que Alejandro III era su libertador. Verona, Vicenza, Padua, Trevisa, le suplicaron se pusiese á su frente y les ayudase con su omnipotente influencia á reconquistar su libertad. En su juramento de confederacion, las repúblicas contrataron alianza de veinte años y se comprometieron á reedificar la ciudad de Milan. De todas las provincias de Italia se reunieron los Milanese fugitivos, y al volver á ver sus antiguos lares, lloraban de gozo, y juraron vengar tanto desastre. Se señaló á cada division una porcion de muralla á reedificar, y en 1167, con la llana en una mano y la espada en la otra reconstruyeron prontamente los muros derruidos, y borraron las huellas de la devastacion pasada. No contentos con este

triunfo, los Lombardos agradecidos fundaron una nueva ciudad en la confluencia del Tánaro y del Bormida, á la que llamaron Alejandria en honor del papa, cabeza de su liga y padre de los fieles. Federico se apercibió de que su poder estaba aniquilado en Italia, y quiso volverlo á restablecer con un gran golpe, y en 1166, vino al frente de un grande ejército á poner sitio á Ancona. Esta ciudad se resistió heroicamente durante un año; pero en fin el hambre obligó á sus habitantes á abrir sus puertas al emperador. Orgullosa con esta victoria, marcha inmediatamente contra Roma, incendia la iglesia de San Pedro, ataca y toma la fortaleza de San Ángel. Alejandro III se vió obligado á huir de Roma disfrazado de peregrino. Federico y el antipapa Pascual III hicieron su entrada en la capital; el emperador se hizo coronar con la emperatriz Beatriz en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, y el cisma parecia dominar, triunfante, al mundo todo; pero el azote del Señor estaba á la puerta. En el siguiente dia del coronamiento se declaró una mortandad terrible en el ejército imperial: Rainoldo, canciller del imperio, fué la primera víctima; y el número de moribundos y muertos era tal, que los soldados de Federico no bastaban á enterrar tanta víctima. Barbaroja se apresuró á dejar una ciudad en donde tan cruelmente le perseguia el azote de Dios.

18. Es un hecho muy notable el que en tiempos de tanta lucha intestina y salvaje, el papa, vencido y despojado, conservaba una autoridad que abrumaba al vencedor. Alejandro III, retirado á Anagni, recibia los homenajes del mundo entero; en tanto que Roma era presa de un emperador bárbaro. El ilustre santo Tomás de Cantorbery se apresuró á escribir al papa felicitándole por la retirada de Federico; y declara que este, excomulgado, no conserva ya la autoridad de príncipe. « ¿Quién consentiria pues, dice al acabar, someterse á las » leyes de un tirano que asuela á la Iglesia? Hágalo quien » quiera! Yo no quisiera acarrearle la celestial venganza con » tal bajeza. » Juan de Salisbury, celosísimo defensor del pontificado, decia al mismo papa aun mas explicitamente: « El » papa, despues de haber esperado en vano la penitencia del

» tirano de Alemania, ha absuelto á sus vasallos del juramento  
 » de fidelidad; y á él le ha despojado de toda autoridad real.  
 » No experimente pues este indigno emperador sino reveses en  
 » los combates, no tenga paz ni descanso hasta que reconozca  
 » la autoridad legítima del vicario de Cristo, puesto por Dios  
 » sobre las naciones y reinos *para disipar y destruir, para edi-*  
*ficar y plantar.* » Se ve cuán hondas raíces habia echado en  
 la Europa cristiana la doctrina que tan heroicamente sostuvo  
 san Gregorio VII.

19. El 20 de setiembre de 1168 murió en Roma el antipapa Pascual, y sus partidarios le dieron por sucesor á Juan, abad de Strum en Hongría, bajo el nombre de Calixto III. Hizo su residencia ordinaria en Viterbo; pero el cisma, desacreditado ya en la opinion pública, victoriosamente combatido por la liga lombarda, cansaba hasta los mismos Alemanes, cuyos obispos venian en gran número á prestar homenaje y obediencia al papa Alejandro. Es admirable espectáculo ver, de un lado, al emperador de Alemania arruinando ciudades, causando muertes y violencias para oprimir á la Santa Sede; y de otro lado, los pueblos de Italia, tomando á su cabeza al jefe universal del cristianismo, reedificar ciudades, fundar otras nuevas y entre ellas una que eternice para siempre su amor por la Iglesia, por la verdadera libertad, por el pontificado, protector nato de pueblos oprimidos. Federico habia agotado sus fuerzas luchando contra el papa; y el papa, anciano consumido de años y de enfermedades, habia bastado por sí solo para detenerle en sus locos proyectos de imperio universal. Como por consolarle de no poder resucitar en su persona á Carlomagno, quiso al menos exhumar sus cenizas. Fué convocada una asamblea ó consejo pleno en Aquisgran; el antipapa Pascual III pronunció la canonización de Carlomagno, y sus restos fueron llevados procesionalmente al altar. Estas pompas no podian restablecer un sistema herido de muerte por la mano de Dios. Con todo Federico no cedió sino hasta despues de haber tentado todos los medios imaginables. Sitió por segunda vez en 1171 á Ancona un ejército aleman. El valor de los sitiados

igualó á la furia de los sitiadores. El hambre llegó á tanta extremidad que solo quedaban en la poblacion cinco almudes de harina para doce mil habitantes. Pero esta escasez, en lugar de abatir los ánimos, los exaltaba. Una viuda tenia dos hijos que se estaban batiendo todo el dia contra el enemigo, sin haber tomado alimento alguno. Su madre, vuelta á casa, se hace abrir una vena, saca sangre hasta que baste para cocer algunas legumbres, y lleva este plato á sus hijos que están en la brecha. Las jóvenes y mujeres de este pueblo heroico se presentan un dia ante los magistrados y les dicen: « Nuestra carne ¿no vale tanto para alimentar como la de carneros y bueyes? Pues bien, ó comednos, ó arrojadnos al mar. Mejor queremos morir que caer en manos de un enemigo que no sabe perdonar. » Ancona era digna de una libertad que sabia defender tan bien: y en efecto un ejército lombardo arrojó á los sitiadores y libró la ciudad. Sin embargo el emperador Federico, en mayo de 1176, se echa sobre el Milanés y lo lleva todo á sangre y fuego. Los Lombardos reúnen sus fuerzas; se enarbola el estandarte de Milan en un carro de guerra; noventa soldados escogidos, bajo el nombre de *Escuadron de la muerte*, juran volver á traer triunfante el estandarte á los muros de Milan. La batalla se empeñó cerca de Lignano. Federico combatia en las primeras filas. Derribado de su caballo desaparece, y su ejército, creyéndole muerto, huye y padece espantosa derrota. Algunos dias despues, entró casi solo Barbaroja en Pavía. El ejército que creia haberle de conquistar el mundo, huía en desórden por mas allá de los Alpes. Por otra parte, los Venecianos destruyeron su flota en el Adriático (1), por manera que le era imposible continuar mas sus proyectos belicosos. Los señores, eclesiásticos ó seculares, que le seguian, le declararon que iban á abandonarle si no se ponía en paz

(1) El papa Alejandro III, para perpetuar la memoria de esta victoria naval de los Venecianos, remitió un anillo de oro al dogo de Venecia, diciéndole que lo echase al mar, que le daba por esposa. Este es el origen de la ceremonia en que los dogos se desposan con el mar. (Hénaut, *Compendio cronológico de la Historia de Francia.*)

con la Iglesia. Desde este momento, conoció que era menester resignarse, y que solo podía salvar su autoridad una pronta sumision.

20. Veremundo, arzobispo de Magdeburgo; Cristierno, arzobispo de Maguncia; Conrado, obispo electo de Worms, diputados del emperador, se presentaron á Alejandro III, en Anagni, y le suplicaron en nombre de su señor olvido de lo pasado y paz en el porvenir. « No podíamos, les dijo el papa, recibir » en este mundo mensaje mas lisonjero. Jamás nos hemos negado á reconocer á Federico por el mayor príncipe de la » tierra. ¡ Ojalá que la paz que nos ofrece sea definitiva é irre- » vocable! » Se entablaron inmediatamente las negociaciones. El papa estipuló la paz, no solo para sí, sino para sus aliados, los Lombardos, el rey de Sicilia y el emperador de Constantinopla. Los diputados se comprometieron, en nombre de su señor, á reconocer la autoridad del papa legítimo, á restituir á la Iglesia romana las tierras de la condesa Matilde y todos los demás dominios pontificales de que se habia apoderado Federico durante la guerra. Quedó en fin convenido que se ratificase solemnemente la paz en Venecia en una conferencia personal del papa y del emperador. Alejandro III partió pues con este objeto de Anagni, y halló en Venecia á los arzobispos de Ravena, Milan, Aquileya, y los diputados de las ciudades lombardas. Lágrimas de gozo sonrosearon las mejillas de todos los asistentes al presentarse en medio de ellos el pontífice, que á costa de veinte años de destierro y persecuciones habia comprado la victoria de la Iglesia. « Amantísimos hijos, es mi- » lagro visible de la potencia de Dios, dijo Alejandro conmo- » vido, el que un sacerdote anciano y desarmado haya podido » resistir al rey mas poderoso de la tierra: es para que sepa » todo el mundo que es imposible combatir contra el Señor y » su Cristo. Vosotros habeis participado de nuestros peligros; » era justo que participaseis del triunfo. No hemos querido » firmar la paz sino en medio de nuestros fieles Lombardos. » Fueron acogidas con unánime entusiasmo estas palabras: y á muy pocos días, fué firmado y ratificado el tratado entre am-

bos soberanos. El 23 de julio de 1177 se presentaron seis cardenales al emperador Federico para absolverle, en nombre del soberano pontífice, de la excomunion en que habia incurrido. Renunció en su presencia al cisma de Calixto III, y prometió obediencia por sí y por sus sucesores á Alejandro III. Igual juramento prestaron los obispos y señores alemanes. El emperador fué en seguida á la iglesia de San Marcos, donde le esperaba el papa. Federico Barbaroja se quitó el manto real, se postró con la frente en tierra, y besó los piés del pontífice. Alejandro III le levantó con suma ternura y le abrazó con toda efusion entre sollozos y lágrimas; celebró de pontifical, y el emperador comulgó de su propia mano. Acabada la ceremonia, el papa subió á caballo; Federico le tuvo el estribo y le condujo llevando el caballo de la brida hasta el palacio de los Dogos, entre aclamaciones entusiastas y el cántico del *Te Deum*. La noticia de esta paz fué notificada á todos los obispos de la cristiandad con bula pontifical. El antipapa Calixto III vino en persona á pedir perdon y abjurar el cisma en manos de Alejandro III, que no se acordó sino de su misericordia, acogiendo con bondad de padre al hijo pródigo, año 1178. Lando Sitino, á quien algunos fanáticos rebeldes quisieron nombrar antipapa con nombre de Inocencio III, acabó sus dias en el monasterio de la Cava, donde le encerró el mismo pueblo de Roma.

21. Mientras todos estos acontecimientos se iban sucediendo, sobrevenia otra lucha entre un rey cruel y un obispo heróico hasta el martirio. Tomás Becket, canciller de Inglaterra, habia sido promovido á pesar de su resistencia al arzobispado de Cantorbery, en 1161. Ya habia dicho á Enrique II, de quien hasta entonces habia sido amigo é íntimo confidente: « Vos » me forzáis; yo seré arzobispo: habeis conocido á Tomás » Becket cortesano; vais á conocerle obispo. Vuestra amistad » se mudará en odio contra mí. » Esta profecía siniestra habia de cumplirse sobrado pronto. Enrique II, fiel á las tradiciones tiránicas de Guillermo el Rojo, retenia las rentas de los obispados vacantes y dilataba el nombramiento de los nuevos titu-